

PLATON EN NUESTRA FACULTAD

El Aula Magna de nuestra Facultad, a la que tantas personalidades científicas y literarias han honrado con la claridad de su talento, ha recibido días pasados, la visita de Platón, gracias al entusiasta y notable esfuerzo de un grupo de estudiantes de nuestra Casa.

No fué solamente una finalidad cultural la que persiguieron estos jóvenes, sino una más alta y noble todavía: la de rendir un homenaje cálido de afecto al profesor tan querido y siempre recordado: el Dr. Leopoldo Longhi.

En efecto, el Diálogo que se llevó a escena, "Fedón", —altísimo exponente del pensamiento racional y la elocuencia admirable de Sócrates,— constituye ofrenda cabal para el humanista que fué el Dr. Longhi.

El decorado, construído en base a la realidad histórica, supo crear el ambiente adecuado para que el espectador se sintiera trasladado a la prisión donde transcurrieron los últimos momentos de Sócrates. Lo mismo el vestuario y las caracterizaciones de los personajes que no vacilaron en esconder tras pelucas y pesados "maquillages" la frescura de su juventud.

La supervisión de Narciso Ibáñez Men-

ta dió al acto la inconfundible nota de dignidad artística.

Aunque todos los actores plenamente posesionados de su papel, se desempeñaron con la seriedad que el acto requería, considero justo detenerme en el notable trabajo realizado por nuestro compañero, Manuel Somoza, quién desempeñó el papel de Sócrates. A nadie escapa la grandísima responsabilidad que requería la interpretación de esa personalidad y el esfuerzo de memoria que es necesario para retener el larguísimo parlamento.

Pues bien, sin tropiezos ni vacilaciones, encarnó con toda dignidad Manuel Somoza al gran pensador.

No hubo altibajos en el desempeño de su labor y los hermosos párrafos fluían fácilmente de sus labios dando una impresión cabal de lo que deseábase simular.

Fué, entonces, un acto interesantísimo, cuya realización debemos agradecer a quienes con tanta altura saben interpretar la antigüedad clásica. Y rendir a sus maestros el homenaje mejor de su respeto y recuerdo constante.

M^a CRISTINA MUSACCHIO
(Sección Letras)

POR TIERRAS SERRANAS

EL INDIO BALATA.

Esa tierra de San Esteban, dura y frágil, desigual y surcada de pequeñas acequias, tiene el encanto de la tierra criolla y una apacible somnolencia de predio antiguo que hace pensar en flechas certeras, imagen de la raza de antes.

"Aiá bajo, niña, pasando las tierras del indio Balata, sabi aber rey del bosque..."

Tierras del indio Balata. Hace pensar

en la conquista grande, brío español, rebeldía de las tribus indígenas, los comchingones, que según los cronistas fueron allí muy bravas.

ESTANCIA SAN ESTEBAN.—

Llegamos a la Estancia San Esteban una tarde de enero cálida y envuelta en vahos rojizos. Un árbol copudo, enorme, con ramas paternales, árbol para ser pin-

tado en cuaderno de primero inferior con lápices de colores... un bebedero, que era casi un lago. Más allá un portón de madera, con un arco volado. Tunas recias. Junto al portón un cable y atado a él un perro blanco, viejo, gruñón pero buenazo. Tal la entrada. Después no vimos más. De la estancia nada. Apenas la sensación de una casona grande, recogida entre los álamos, algarrobos y tamarindos.

LA PUERTA DEL ORATORIO.—

Cantaba un grillo en el huerto quieto. La ratona cuchicheaba, allá arriba escondida entre las ramas. ¡Qué alto el monte! Nuestro cuarto parecía enterrado. Era el ala más antigua de la casa, con una ventana colonial, de reja fuerte. Las raíces de los algarrobos casi tocaban el techo a dos aguas con vigas enormes. Tenía aquel cuarto una fragancia de siglo XVIII. Supe después que la puerta de factura colonial, pequeña pero recia, con cerrojos enormes, había pertenecido al oratorio del obispo Arellano que en tiempos pasados fué morador de la estancia. Vicente Ramírez de Arellano y Cabanillas "ilustre mirado", solía decir D. Heraclio.

Lo que había sido el oratorio hacía ángulo con nuestro cuarto. Paredes macizas, lloradas, techo alto... un tamarindo viejo para acariciar su recuerdo.

¡Qué emoción tan extraña me causaba esa puerta arrancada quién sabe cuándo de su sitio! Aquel cerrojo er fuerte pero a la manera de los antiguos, cualquier golpe podía calar un espacio de diez centímetros. En las noches de tormenta un soplo helado entraba de improviso.

Por la reja veíase el monte hirsuto, negro, un hilo rojo rasgaba el cielo como abriendo pespuntos. Después silencio grávido y gotas gruesas, chasqueantes. Ni una estrella. En la oscuridad veíamos sombras extrañas. Aquella puerta del ora-

torio con su cerrojo entreabierto parecía empujada por alguien del lado de fuera.

LA CAPILLA.

Casi al lado del corral de las vacas se hallaba la capilla. Era una capillita serrana adornada con verbenas, pequeña, infantil, de juguete. Anacronismo en la estancia histórica y legendaria, sin sombra de arquitectura colonial, como no fueran restos del antiguo recinto, que había sido cochera y del lado del altar establo.

Los domingos había misa cantada. Asistía todo el pueblo que distaba de "lo de Molina" diez cuadras tomando la vía del tren.

Llegaba doña Agustina, la primera, con su misal de estampas gastadas y un enorme rosario, oliendo a arcón la pollera negra y luego, los vaqueros con sus bombachas grises bien planchadas, y los tres hijitos de la lavandera, limpios y refregados con el pelo tirante. Se persignaban todos a una.

Y la Pepa, la Rosario y Asunción la cocinera que tenía una nenita morocha de pelo lacio, y Cacho, Juan y Pocho, los del ranchito cerca del río...

¡Ah la misa del domingo! Los que hayan escuchado una misa en las sierras sabrán de la fragancia que se expande en el alma.

Sillas de paja rubia. Reclinatorios rústicos. Y un sagrario reluciente, pequeñísimo. Y en el momento de la Elevación pastores y vaqueros, lavanderas y serranos, adorando al Dios que nació en el pesebre. El sol tibio se arrodillaba también. Y una hostia blanca y pura recogía la plegaria de los corazones sencillos.

Del corral vecino llegaba el mugido de las vacas y el balar de las ovejas. Pasaba un burrito con un hato de leñas por el huerto. De vez en cuando en la quietud del fervor entraba un olor de alfalfa

fresca y del poleo que orillaba los senderos.

CACHO, JUAN Y POCHO

Pocho era el mayor. Nueve años. Tenía las piernas flacas, color azúcar quemado, unos pantalones raídos y una sonrisa mansa. Revolvía la arena con su alpargata, mientras hablaba.

Cacho era el sobrino. Tenía apenas cuatro años. Pequeñito y regordete. "Yo me iamo Pastor Castiyo". Un sombrero de paja tejida le tapaba la carita redonda y tostada. Dos ojos verdes brillaban adentro. Tocaba una guitarra que le habían traído los "reies".

"¿Y a vos, Juan, qué te trajeron?". Juan mordía el puño de la manga, Tenía cara de indiecito, los ojos minúsculos, escrudiñadores, talla ínfima, pelo hirsuto. Era huraño como las cabras. Al amanecer, con gorjeo de pájaros se oían nuestras voces desde el prado de alfalfa:

"Cachoooo!, Juaaaaan!, Poooocho!"

Salía Pocho el primero con sus piernas largas, detrás Cacho y su guitarra de tres cuerdas, el último, Juan, espiaba; luego de un portazo al rancho, bajaba al río pegando saltitos como un sapo. Su gato famélico recién nacido ya lo estaba imitando.

RIO PUNILLA.

Detrás del huerto, más allá del monte de los perales y cuando las viñas de la estancia eran una mancha verde claro, corría el río Punilla.

Era un viejo río, sereno, lleno de conchas, puro y claro, con muchas piedras, un río pobre, sin turistas, por eso hermoso. Después de una tormenta el corazón de un árbol desgajado moría junto a sus márgenes. Entonces él echaba sobre las ramas sus aguas espumosas como en un último brindis.

Muchas mañanas nos vieron repechar la sierra, bajábamos por el rancho de doña Agustina a la hora en que ésta preparaba su loco. Nos sentábamos en las piedras bolas mirando correr sus aguas. Se abría un libro. Alguien leía con una voz saturada de aire fresco: "La localidad de San Esteban u Oratorio como titulábase a fines del siglo XVIII era muy señalada por ser el punto de reunión y mercado de mulas, como así lo eran los antiguos corrales de "El Pescadero" o "Los Quimbaletes". Los compradores de mulas que descendían de Bolivia y Chile reuníanse por estas cercanías...". El río escuchaba plácido. Ya doraba el sol cuando regresábamos.

MIGNON DOMINGUEZ

En Mercedes, ciudad de la provincia de Buenos Aires, tuvieron lugar los juegos florales en los que nuestra querida compañera MIGNON DOMINGUEZ fué premiada por su trabajo "AVE MARIA GRATIA PLENA".

Es este un ameno cuento histórico, lleno de interés, por el que nos complacemos en felicitar a su autora.

Por su actuación recibió una medalla de oro.

Y aunque nosotras no podemos premiarla en la misma forma, deseamos que nuestra felicitación le sirva de estímulo para continuar su carrera literaria tan exitosamente comenzada.